

LA "IMPERIO," Y "GALLITO,"

---

(ELLA CUENTA SUS AMORES)

Pastora, Benavente y los Quintero.—«La patria chica».—Cinematógrafo.—Benlliure, el marajah, el obispo y el mono.—El escopetazo.—Mientras sirve de modelo.—Tres mil duros por una «pose».—«A la Habana vino un barco»...—«Gallito» y la tiple. Achaes.—La «Imperio» quiere ser monja.—«Guerrita» profeta.—¡Este gallo que no cantal...—¡¡Al fin!—La duda.—En marcha hacia la felicidad.

En prensa este libro, nos sorprende una mañana el telégrafo anunciando la desaparición de Sevilla de la hermosa Pastora «Imperio» al mismo tiempo que la de *Gallito*.

¿Un rapto? ¿Una fuga? Sí; una fuga. Pastora «Imperio», la gentil bailadora á quien ni amor, ni oro, pudieron jamás vencer; la que llamaban en todas partes «La Imposible», había rendido al fin su corazón al amor de un torero y huído con éste como medio de vencer las resistencias que se oponían á su felicidad.

En este libro reporteril en que se da noticia de la vida y persona del gran torero, no puede, no debe faltar el relato cabal y verídico de la historia de estos amores, que durante unos días han tenido—tienen aún cuando se escriben estas líneas—intri-



gado á todo el país ocioso y se han referido en la prensa extranjera como una página viva de la España pintoresca que sueñan los escritores y los burgueses románticos de los Pirineos para allá.

¿Y quién mejor que la graciosa protagonista de la historia podía contarla? Rafael, que no comprende que tenga interés para el público la persona del artista, y quisiera que en este libro se hablase solamente de toros y del arte del torero, se ha opuesto; pero más en la realidad que Rafael, Pastora Rojas, que este es el apellido de la que será la esposa de *Gallito* cuando salgan á luz estas páginas, la ha referido toda.

La «Imperio» no se contenta con ser una mujer bonita; es además, y todavía más, una mujer inteligente y discreta. Los viajes la han afinado y, sin desnaturalizarla, han dado cierta espiritualidad á su gracia andaluza. Tiene el arte de la conversación, y sus palabras, animadas, pintorescas y expresivas, dan color de vida al relato de sus amores, que cuenta con una espontaneidad é ingenuidad encantadoras.

—¡Qué admirables interviús debe usted haber hecho por esos mundos!—le dice el periodista.

—Algo sé de tocar los palillos—contesta con cierta vanidad—. A mí me ha llamado Benavente para hacerme hablar, porque los Quintero le dijeron que valía la pena de oírme... Son amigos míos. Yo soy la Pastora de *La patria chica*, claro que sin el inglés ni todas las demás historias; soy la persona, vamos, como el pintor es Zuloaga y Española... Bueno, no hay para qué meter más gente en este cuento.

Y así, mezclado á la novelesca historia de sus amores, referida entre lágrimas y risas, va desarrollando un interesante y rápido desfile cinematográ-

fico, en el que forman con Mariano Benlliure, á quien sirvió de modelo para unos ángeles, el marajah de Kapurtala «con sus dientes como platos»; la «Gardenia», Romero de Torres—que acaba de enviar á Roma un precioso cuadro al que da vida Pastora—y Villegas—que también pidió á la «Imperio» unas horas de quietud para componer unos cuadros. «Doce mil duros le dieron por ellos en Bruselas y D. José me regaló tres mil.»—René Lui, el empresario de la Gran Opera de París y el titi *Machaquito*, el minúsculo monito de Pastora; *Guerrita* y el obispo de Oviedo, los periodistas mejicanos y habaneros y qué sé yo quién más; gente de acá y gente de allá; medio mundo de este mundo y del otro, donde se alzan la Habana y Méjico.

La novela de su corazón empezó en Valencia, en ese divino Valencia del cielo, las flores y las mujeres, que tanto papel desempeña en la historia de *Gallito*.

—Yo—cuenta Pastora—estaba bailando, hace siete años, en el teatro de Apolo de aquella ciudad. Todavía era una chiquilla que bailaba vestida de hombre, con traje corto. Una noche entraron en el teatro este malage, Fuentes y *Bombita*. ¡Me acuerdo más bien! Este llevaba un traje corto de hilo crudo. Yo, al verle, sentí así como una alegría, y sin poderme contener, le dije á mi mamá: «Mira, mamá, qué torero más bonito.»

—¿Se hablaron ustedes entonces?

—Ni palabra... Pero yo me quedé ya presa. Era mi sino. Yo no le había dicho nunca á nadie mis sentimientos, ni yo misma los había descubierto todavía, y ya todos, viéndome resistir las declaraciones y los ofrecimientos, anunciaban: «Con eso no se puede. Esa se tiene que casar con un torero de su clase.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Edo. T626 MONTERREY, MICH.



Poco después me fui á trabajar al teatro Pizarro, y él fué allí una noche, entró en el escenario y se puso á hablar con una chicuela más desaboría... ¡y chatal ¡Uf! Yo, de rabia que me dió, sin saber por qué, me encerré en mi cuarto y no quise salir mientras este hombre estuvo en el teatro.

Luego nos volvimos á tropezar por ahí varias veces. Yo, cada vez más chalaíta, chalaíta, y este reservón como si no. No había quien le sacara una palabra de la boca.

Iba yo entonces mucho á los estudios de Benlliure y Villegas, que me habían pedido que les sirviese de modelo para algunas obras. Mientras trabajaban solían charlar de toros. Los dos hablaban con mucho entusiasmo del padre de Rafael... pero cuando lo hacían del hijo, le ponían bueno. Y yo, así que oía hablar mal de éste, empezaba á moverme y no me podía estar quieta.

—Pero, muchacha, ¿ienes jormiguillo?—me preguntaban.

Lo que yo tenía metido dentro era el querer y no podía oír que me maltrataran á mi Gallo. ¡Bueno! ¿mío?... Yo no sabía si era mío; más bien creía que no; pero tenía allá, en el último rinconcito de mi pensamiento, una lucecita que alumbraba mis esperanzas. Tenía que ser mío, ¡ea!... ¡Digo! Ya se ve.

—¿Tardó mucho en decírselo á usted?

—¿Qué? ¡Si todavía no me lo ha dicho! Pero lo sé.

—Las mujeres—tercia aquí una amiga de Pastora que asiste á la conversación—no necesitamos que nos cuenten esas cosas para saberlas.

—Por aquel entonces, hará cuatro años—continuó la «Imperio»—, se me ofreció una buena contrata para América. Yo ganaba muy buenos sueldos en España: 20 ó 25 duros diarios, lo que no le dan á ninguna tiple. Tenía para vivir bien; pero

nada más. En España, para tener lujo y alhajas y ahorros hay que ser mala, y yo no he querido serlo nunca. Ninguna mujer de mi nacimiento lo es. Acepté el contrato de América y «para allá» me fui con mi madre, que nunca se ha separado de mí, mientras he trabajado en el teatro.

Debuté en la Habana, con un éxito loco—déjeme usted que me dé bombo— y con cien duros diarios de los de acá, de sueldo, y mi buen beneficio. Una mañana vino mi madre á mi cuarto á decirme que habían desembarcado unos toreros. A la Habana vino un barco cargado de... maletas. Por la tarde estaba yo durmiendo la siesta y volvió á avisarme que estaba allí el hijo de Gabriela.

—¡Pues que se muera!—contesté yo. ¡Le tenía más rabia! Para darle achares, no quise salir... pero le estuve viendo por el ojo de la cerradura. En seguida se fué á Méjico y no volvió á despedirse.

Al mes siguiente debutaba Pastora «Imperio» en el teatro Principal, de Méjico. La primera noche fué este buen señor á saludarnos y á mí se me metió más en la cabeza. Yo le vi entonces decidido; esperaba que de un día á otro iba á romper y, de pronto, se me enamora de la tiple de la compañía. Mientras ella estaba en escena, él se la comía con los ojos; cuando salía yo á trabajar, el muy... se levantaba y se iba del palco...

—No ponga usted eso—salta aquí Rafael.

—Sí, señor; póngalo usted. Usted, ahora, no tiene que atender más que á lo que yo le diga, que soy su colaboradora. Los demás están aquí de espectadores. Sigo. Los que se habían enterado de mi guiladura me tenían lástima. Yo creía que eran achares; pero la procesión iba por dentro; todos los pasos de la Semana Santa, con nazarenos y soldados romanos, me andaban á mí bailando por la cabeza.



La novia de éste se había hecho muy amiga mía y yo de ella, para estar más al tanto de lo que pasaba. Ella tenía muchos enamorados que la escribían cartas, que venía á leer á mi cuarto, y rompía luego en pedacitos, que tiraba debajo de la mesa. Yo, así que se iba, los cogía, y luego, con alfileres y con una paciencia de cartujo, los iba reuniendo hasta poder leer la misiva. Yo esperaba encontrar alguna carta de este asesino; pero, ó no la escribió ninguna, ó no las quiso leer en mi cuarto.

La cosa se puso tan seria, que cuando yo me vine para España creí que era un hecho la boda de Rafael y la muerte de mis ilusiones. Aquí todos sus amigos y parientes dieron por seguro el matrimonio. Y yo, tanto lo oí afirmar, que le dije á una persona de su familia:

—Yo he ganado lo bastante para dejar bien á mis padres. A mí me gusta Rafael, y si se casa con otra, me meto en un convento.

Pero no se casó. En cuanto salí yo de Méjico—luego lo supe—aquello cayó en un pozo. «Eran acha-res»—me dije entonces con certeza—. Y esperé á que rompiese á hablar... ¡Ay, Dios, y qué torpe de lengua es el señor! Mucha miradita, mucho azúcar en la conversación; pero, de lo otro, nada.

Hace unos meses fuí á trabajar á Córdoba. Allí tuve, como en todas partes—siga el bombo—, mucho éxito. Yo había sacado una copla, que me hacían cantar todas las noches:

Aquí nació el gran Guerrita,  
er Manene y Torerito,  
er malograo der Bebe  
y er valiente Machaquito.

Y una tarde que entramos en el Club Guerrita,

Rafael, para corresponder á mi recuerdo, le dijo á un pollo que me estaba galanteando:

—Vamos, déjala ya. Que esa muchacha no se ha hecho para tí, sino para ser la mujer de un gran torero como *Machaquito* ó *Gallito*.

—Tu boca sea de profeta—me dije yo—. *Machaquito* no es pa mí, y tiene que serlo *Gallito*. Y mire usted: al día siguiente recibo una carta de Sevilla anunciándome que en casa de éste iba á haber una fiesta y que me esperaban para celebrarla.

—¿Y allí?...

—¡Nada, todavía! ¡U!, qué guasa! Conversación y coplas.

—Usted le cantaríá alguna al *Gallo*.

—Yo, á Rafael, le cantaba en el teatro una que también la había sacado yo.

—¿Cómo era?

—Así:

Ar *Gallo* no hay quien le iguale  
en capote ni en muleta.

¡Cuarquiera le quita ar *Gallo*  
la cresta que tiene puesta!

¿Qué tal?

—Bécquer. Pero ¿usted ha visto torear á Rafael?

—¡Ay, no; por Dios! Nunca.

—Adelante.

—Pues adelante fué, que, como yo quiero mucho á su familia y me son muy simpáticas sus hermanas, iba, desde entonces, todas las tardes á casa de Rafael á visitarlas... Bueno, y á ver á este señorito... ¡Ay! Dos meses de fatigas y el señorito nada. Al fin. ¡Al fin!! el día 7 de Febrero me escribió una carta!

—¿Una carta? ¿Rafael ha escrito una carta? ¡Qué cosas se ven! ¿Qué la decía á usted?



—No ha sido eso de «Señorita, er amor me mata», ni cosa así, porque eso no es lo mío. Rafael no me decía más que quería verme.

—Y aquella noche, en la reja...

—Déjese usted de poesías. No hubo rejas. Nos habíamos en su casa. Cuatro palabras: «¿Tú me quieres?»—me preguntó él, así, de sopetón... Y yo, ¿qué le iba á decir, si se me estaba saliendo el cariño por los ojos?—«¿Tú eres capaz de venirte conmigo á Madrid?»—me volvió á preguntar. En un momento pensé más que en diez años. Le miré á los ojos y le contesté:—«¡Sí!» porque yo tenía confianza...

—¿En él?

—No señor. En mí, en mí—enérgicamente, expresivamente.

Yo vi claro, Rafael tiene muchos enemigos; yo, también. ¿Qué artista, que valga algo, está sin ellos? Dios sabe lo que en los oídos de Rafael hubiese podido vomitar la envidia. Había algo, que yo comprendí claramente, que se oponía á nuestra felicidad. Rafael es un hombre muy corrido, que sabe lo suyo. Un poco raro, muy callado, que no le gustan las tirillas, las conversaciones finas, ni las comidas de los hoteles; que tiene las costumbres de los toreros antiguos: el puro, las camisas flojas y al toro, y, sobre todo eso, es muy bueno y muy celoso de su dignidad, como deben ser los hombres.

Yo he sido una artista muy festejada y muy solicitada. He ganado honradamente mucho dinero, y tengo un saco así de brillantes, porque siempre he cobrado magníficos sueldos. He tenido mucha suerte, porque como he sido siempre honrada y muy buena para mis padres, Dios me ha abierto todas las puertas. Todo el mundo sabe quién soy yo, porque yo siempre he vivido entre cristales... ¿Pero no podía la envidia y la malquerencia destruir mi felicidad?

¿Iba yo, que había estado tantos años suspirando por ella, á perderla dejándome vencer por los enemigos malos? ¿Qué mujer enamorada, firme y segura de sí, no hubiese hecho, en mi caso, lo que yo? Yo he dado este paso conscientemente, con un dolor muy grande de mi corazón, porque me dejaba á mi padre, á mi pobre padre de mi alma, paralítico en la cama—Pastora rompe á llorar—; pero yo no tenía valor para volver la espalda á la dicha; yo sabía que mi pobrecito viejo me perdonaría al fin; pensé muchas cosas más, y firme y decidida, volví á contestar «¡Sí!» cuando Rafael repitió su pregunta.

—Mañana, á las cinco, te espero detrás de mi casa con un coche. Salimos para el Empalme y tomamos allí el expreso para Madrid.

—Mañana, á las cinco, vamos á donde tú quieras; á donde haya que ir para que tú seas mi marido y yo tu mujer.

Cuanto más lo medité durante aquella noche y la mañana siguiente, más me afirmé en mi resolución. Pensé en salir temprano de mi casa. Estaba intranquila, no sabía lo que me pasaba; pero, después de comer, me llamó mi padre:

—Ven. No salgas. Léeme un rato un libro—. No sé qué libro era, ni lo que leí. Sin mirarla, veía yo marchar las manecillas del reloj, que, á veces, se me antojaban caminando lentamente, siglos por minutos, y otras con asustadora rapidez. De vez en cuando daba la campana una hora y el corazón se me saltaba. Las tres, las cuatro, las cuatro y media...

A las cinco menos cuarto me levanté, fingiendo tranquilidad. Pretexté que me esperaban en casa de Gabriela. Besé á mi padre. El alma se me salía por la boca, y tuve que hacer un esfuerzo para no denunciarme. Llamé á la criada y salí. A pocos pasos de mi casa me encontré con una persona respetable



de nuestra amistad. ¿Le habían dicho algo? No podía ser, porque sólo nosotros lo sabíamos; pero, sin duda, sospechaba alguna cosa, porque me estuvo dando consejos: «Pastora, hija, ten mucho cuidado. Tú has tenido siempre muy buena fama. No la echés á perder en un mal momento.»

Cuando me separé de él y volví la cabeza y miré mi casa estuve por volverme atrás; pero en seguida pensé: «Si no voy, es peor; Rafael no creará en mí y creará...» Y fui. En la cancela de su casa despedí á la criada.

—Señorita, ¿por dónde voy para la plaza de San Francisco?—me preguntó.

Era nuestro camino; se iba á descubrir todo si nos veía. La dí las señas equivocadas; la envié para la Macarena, y cuando desapareció, salí en busca de Rafael.

Allí estaba esperándome, metido en el coche, desde las tres de la tarde. Con nosotros vino un pariente suyo. Echamos á andar. No hablamos nada. Poco antes de llegar al Empalme despedimos el coche para no dar que sospechar, y nos fuimos andando. Yo iba envuelta en el boa, tapándome la cara por miedo á ser conocida. ¡En el campo y á la luz de la luna! Rafael iba disfrazado: de gabán y gorrilla.

—Quitate el boa—me dijo—. Vas á coger una sofocación. ¿Quién nos va á ver aquí?

Pero no hice más que desembozarme y ¡zas!, tres jinetes. Uno de ellos el *Algabeño*. José, al vernos, se sorprendió y paró la jaca de un tirón; pero, en seguida se repuso y, prudentemente, sin decir palabra, echó á andar.

No quisimos esperar el tren en la estación y nos metimos en casa del guarda del encerradero del Empalme. Rafael mandó hacer café. Yo no pude



PASTORA IMPERIO



tomarlo. No me atrevía á mirar á nadie. Mire usted qué cosa: no veía más que la corbata del pariente de Rafael, una corbata colorada rabiosa que me crispaba los nervios. Le llamé aparte y le dije: «Quítese usted esa corbata de alegría, que no pega en este momento, y tirela.» Y me eché á llorar, escondiéndome de Rafael, pensando en mis padres, en mi acción, en mis ilusiones, en mi amor...

¿He sido valiente? ¿He sido cobarde?

Yo sólo sé que quiero ser feliz.

Quien no sepa lo que es querer con fatigas, que se abstenga de juzgarme.

Han dicho que yo saqué de mi casa mis alhajas. No es verdad. Salí con lo puesto. Sólo me traje estos pendientes de brillantes y este medallón, que llevo siempre conmigo, porque si me los quito hubiese dado que sospechar.

.....  
Rafael y Pastora se han casado ya.

Y yo quiero repetir aquí las palabras sacramentales de final de historia que escribí en otro lugar hace dos días, para que sean colocadas por remate de este capítulo en la milésima edición de este libro, que deseo que sean para ellos bendición de perpetuas venturas:

«Se casaron, vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos, y... uno de éstos, más juncal que su madre, fué mejor torero que su padre, que su abuelo y que *Guerrita*.»



"GALLITO", CRÍTICO

(INTERVIÚ CON RAFAEL)

---

PASEO, PRIMER TERCIO Y BANDERILLAS



Cómo entiende «Gallito» el toreo.—Las novedades de «Bombita».—«Gallito» no conoce á Julio Verne. De política, ná. De literatura, ná. De música, ná.—La ciencia de «Gallito».—Rafael no es exclusivista. El arte de la lidia es cosa circunstancial.—La inspiración.—El capote y la muleta.—En la lidia manda el toro.—La suerte de varas.—Los picadores.—¿Qué hacemos con las banderillas?—«Bombita» opina y «Gallo» le contradice.—Banderilleros y peones.—La familia.—La presidencia.

Ahora es *Gallito* quien va á hablar. ¿Cómo entiende Rafael el toreo? ¿Qué juicio le merecen los demás toreros? ¿Está bien el toreo como se halla ó necesita innovaciones: supresión de unas suertes, como la de banderillas, á que se inclina *Bombita*, aunque sin atreverse á decir que del todo; ó ascenso del apéndice del descabello á suerte principal y á la categoría del volapié ó la estocada recibiendo, como también quiere Ricardo?

De todo el trabajo preparatorio de este libro, el de este capítulo ha sido el más agradable y entretenido. *Gallito* habla admirablemente de toros; es, quizá, el torero que mejor lo hace, aunque por explicables razones de modestia y discreción se



haya negado resueltamente ahora á subirse al púlpito y poner cátedra y se encierre en una «prudente reserva», muy parecida á la que usan los políticos, que son toreros de otro ruedo, en las ocasiones solemnes. No ha querido decir *Gallito* en ésta todo lo que sabe. Es de sentirlo; pero con lo que ha hablado hay, sin embargo, bastante para leer y comentar. Por otra parte, él comprende que este libro de entretenimiento no es un tratado de tauromaquia, y como esta materia del arte y manera de torear no es para expuesta en breves líneas, y por incidencia, se ha limitado á decir lo que en su buen sentido—que lo tiene y mucho, aunque muchas veces no sepa utilizarlo en su favor—cree necesario. Y ha dicho bastante.

*Gallito*, hombre apasionado por el arte del toreo y sin más saber que éste, cuando habla de toros se convierte en un conversador aménisimo é interesante, á quien no se cansa uno de oír. No le habléis de ninguna otra cosa, de arte, de literatura, de música... El es torero, sólo torero, y os confesará que no entiende una palabra de nada de eso... ni quiere tampoco dárselas de entendido ni aun de aficionado. En literatura no ha llegado ni á Julio Verne, el deleitador de nuestros últimos años infantiles. Ahí tienen los bombistas una superioridad de su ídolo con que aplastar á este infeliz.

—Yo sólo leo la Prensa—dice Rafael—; pero no la sección de política, ¿eh?—como si creyese ofensivo que se le supusiera con tan mal gusto—. Sólo leo los toros y algunas veces los sucesos. De música ná. He oído á Caruso en Nueva York, y en Barcelona á Battistini, pero como si no. Del teatro, me gustan las piecitas con música y las de risa; los dramas, no.

El cree que el torero debe preocuparse sólo de

su arte; torear en cuantas ocasiones se presenten y hablar siempre de toros. Cuando no tiene con quién hacerlo, se encierra en su casa con su madre, que no los puede ver, y se pasa las horas muertas monologando con ella de su afición.

Es de lo único que sabe Rafael; pero, ¿eche usted ciencia! Yo siento no acertar á traducir aquí todo lo que con un expresivo lenguaje de palabras, símiles y gestos me ha dicho *Gallito* sobre este tema. Cuando yo le he preguntado opiniones y le he pedido juicios sobre los toreros de ahora, Rafael no ha vacilado en formularlos claros y sinceros. Por lo menos, no es hipócrita ni exclusivista. Para vivir él, no juzga necesario borrar á los demás. En el mundo hay muchas plazas de toros, y en ellas caben todos los que tienen algo dentro y lo saben poner en el escaparate cuando llega el caso. Celebrada esta interviú poco después de publicado el libro de *Bombita*, era natural que yo le preguntase al *Gallo* su opinión sobre algunas de las novedades que á estas alturas se nos ha venido el revolucionario Ricardo Torres. Rafael ha contestado con palabras expresivas, lapidarias, que más adelante leerá el que tenga paciencia para llegar hasta allí.

Lo que no quiere hacer *Gallito*, á lo que se niega con toda su fuerza de resistencia, que es muy grande, porque es la única que tiene, es á dictar reglas generales sobre el arte de la lidia. Y tiene razón. El toreo es una cosa circunstancial, y el torero tiene que ser necesariamente oportunista. En los toros, como en el tresillo, no hay dos jugadas iguales. ¿Quién es capaz de hacer una acertada y completa clasificación de las condiciones de los toros, si, aun cuando éstas pudieran someterse á un régimen de encasillado, habría que sumar luego á los factores internos—de intención, que decimos los pesetistas—

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FONDO REYES

UNIVERSIDAD DE MONTERREY, MEXICO



las aptitudes externas del toro, y á estas disposiciones, las psíquicas y las físicas del torero, que, al combinarse en un momento dado, varían hasta lo infinito las circunstancias de la lidia?

No hay más reglas generales para el juego de reses bravas que la media docena de todo el mundo conocidas, que no es cosa de repetir aquí sin grave ofensa de la pequeña ciencia del más reciente de los aficionados á toros. *Gallito*, pues, hace muy bien en no querer presentarse como definidor.

Es preferible decir poco y decirlo bien, como él lo hace.

—¿Hablar de mi toreo? ¿No le parece á usted que lo dejemos para luego, dentro de diez años ó doce, cuando yo me haya retirado? Yo creo que hasta entonces no debe hablar uno de estas cosas, ni puede hacerlo, porque continuamente está aprendiendo é inventando. Haciéndose, vamos. Hasta que llega un día que no tiene nada que saber ni que inventar, y se va á su casa. Ahora me parece que no tengo autoridad para hablar de mi arte.

¿Mi toreo? Pero si yo mismo no me doy completamente cuenta de cómo es. Unas veces toreo mejor que otras, con mayor ó menor distinción, según como anda uno de voluntad. Esta es todo. El toreo es un arte en que para estar bien tiene uno que estar inspirado. Es una cosa que se siente y se hace, pero que no la sabe uno explicar. Si á mí me preguntasen, cuando cojo el capote y marchó al toro, lo que voy á hacer, no sabría contestar. Lo que me salga, lo que me dicte la inspiración en el momento. ¿Estoy inspirado? Lo hago bien. ¿No? Pues no.

Yo le tengo más afición que á nada á torear de capa, porque es lo que hago con más facilidad. Es para mí lo más sencillo, y es natural que sea á lo

que más me aficione. Con el capote voy más tranquilo á los toros que con la muleta. Yo no recuerdo que me haya cogido ningún toro con la capa en la mano. El año pasado me caí delante de uno en Madrid, y ya vió usted cómo en el suelo me libré de la cornada, haciéndome yo mismo el quite con el capote.

—¿Qué es lo que más le gusta á usted hacer con él?—pregunta la minuciosidad reporteril.

—Todo. No tengo lances preferidos. Hago lo que se me viene á la imaginación ó á la memoria, según piden las circunstancias. En la lidia manda el toro; el torero debe hacerse rápidamente cargo de cuál es la que necesita, y darle en seguida la que pide.

Yo me abstengo de preguntarle sobre cosas del *Catón* y el *Fleury* taurinos, como aquello de cuáles toros deben torear, en qué terreno y de qué modo, etc., para no agraviar á los lectores, al torero y á mí mismo, y dejo al lidiador que hable lo que quiera, siguiendo el orden natural de los tercios de la lidia.

—¿Qué voy á decirle á usted de nuevo de la suerte de varas, que no sepa? ¿Que es importantísima y que es una lástima que el público no la conceda toda la atención que merece? ¿Que los toros se ahorman con los picadores y nada más que con los picadores, y el papel del torero durante esta suerte debe ser el de un mero ayudante del picador?... Librar y ayudar; esa es su obligación. Al toro que se deje picar debe torearle lo menos posible, y á punta de capote...

Ahora que una cosa es la que se debe hacer y otra la que obligan á ejecutar las exigencias de los públicos, que están por ese modernismo que ahora se estila en este tercio. Hoy se lleva la suerte de



varas de una manera completamente distinta de como se hacía antiguamente, y en especial durante los años 1881 á 87.

La lidia que se daba entonces á los toros en el primer tercio era una lidia corta. Hoy se alarga más con los floreos, que tanto entusiasman á grandísima parte del público, y los capotazos que tienen que darse después para colocar de nuevo á los toros en suerte, y llegan éstos al último tercio quedados y sin bravura. De cada mil llega uno bueno al trance final, por causa de este sistema de lidiar, del que no puede culpársenos exclusivamente á los toreros, sino á la moda que se impene hasta en los toros.

—Y de eso de las puyas ¿qué?

*Gallito* se descubre; intenta taparse la calva con los pelos de la trenza; escupe; enciende un cigarro, y al fin contesta:

—¿Quiere usted que hablemos de otra cosa? Esta de las puyas es una cuestión muy difícil; hay muchas voluntades encontradas, y como yo no quiero perjudicar con lo que diga á toreros ni á ganaderos, prefiero callar. Pregúnteme usted de todo lo que quiera, y le contestaré; pero de esto... A otra cosa.

—Bien. ¿Eso del peón á la derecha...?

—¡Hombre! Dentro del toreo hay á lo mejor algunas conveniencias...

—Comprendido. ¿Cómo deben de ser los picadores?

—¿El picador ideal? Torero á caballo; su nombre lo está diciendo. Que sepa andar á caballo, ir á los toros, doblar la cintura con el palo sobre los bichos, medir el castigo. Que sea un artista, vamos.

—¿Cuál es el mejor de los que hoy tenemos?

—*Zurito* es un gran picador; uno de los mejores

que ha habido. *Agujetas* también. Hay varios picadores muy buenos, cada uno con su estilo, como los toreros. *Arriero*, *Salsoso*, Manuel Carriles y otros que ahora no recuerdo son de esos. Moreno es un picador serio, sin elegancia á caballo, pero seco y continuo. El *Chano* es superiorísimo. Hay otros también buenos.

—¿Los quites?

—Los quites deben acomodarse á lo necesario; á las exigencias de momento y nada más. Ya lo dije antes. En materia de toros, Pero Grullo es el mejor teorizante. Aburrir á los bichos á capotazos; llevárselos á los medios sin necesidad, para que luego los capotes vuelvan de nuevo á marearlos para reintegrarlos á su sitio; todo eso que se hace con los toros, buscando aplausos, se debería reducir á la mitad de la mitad, y aun menos. Lo preciso y nada más. A ser posible, que no lo es siempre, librar y dejar en suerte.

—Bueno. Pasemos á otro tercio. Mas, antes de sacar el pañuelo para hacer la señal, dígame usted lo que hacemos con la suerte de banderillas. ¿La suprimimos, como quiere nuestro amigo Ricardo Torres, ó la mantenemos en toda la integridad y extensión de sus derechos y haberes?

—La suerte de banderillas ha sido suerte toda la vida. Las suertes que hay en el toreo son cuatro: torear, picar, banderillar y matar. Las que no están consideradas como tales ni lo han sido nunca son el cachete y el descabello. No se debe suprimir ninguna suerte. Hay que estar á las duras y á las maduras, y el torero que gana de cinco mil pesetas para arriba, tiene, con mayor motivo, que aguantarse cuando un toro se pone malo porque lo banderillean mal. No hay que suprimir nada en el toreo, ni siquiera el descabello y la puntilla, que no



son suertes, sino una sílaba más que se le ha añadido, un recurso, como el golletazo ó la estocada á la media vuelta.

Querer abolir la suerte de banderillas y reducir á tres las de la lidia, cuando siempre han sido cuatro, es querer hurtarle algo al toreo. ¡Suprimir la suerte de banderillas! Con igual fundamento se puede pedir la supresión de la de matar.

Advierto al lector que yo me limito á copiar, sin ponerles más aliño que el de la literal traducción al castellano, las palabras de Rafael, con la satisfacción consiguiente á quien ve confirmada su opinión por la de profesor de tanta autoridad.

El *Gallo* es tradicionalista, como lo somos la inmensa mayoría de los aficionados, los que no nos dejamos embaucar por los prediques de estos revolucionarios á la moderna, que siempre llevan preparada su sardina en espera de ocasión, que no desperdician, para arrimarla á cuantas fogaratas van encontrando.

Volvamos á las banderillas. A *Gallito* le parece bien esta suerte tal como hoy se practica. Es muy bonita, y, precisamente por esto, no se explica que se pida su desaparición.

—Hay una porción de maneras de parear preciosas—sigue diciendo—. A mí me gusta más que ninguna el cambio, bien hecho, y luego el cuarteo, que tiene también mucho mérito.

—¿Cuáles son los mejores banderilleros para usted?

—Para mí sólo hay un hombre en banderillas, *Blanquito*. Es al que mejor he visto parear al cuarteo. Reconozco que hay otros muy buenos; pero *Blanquito* es el que me ha llenado más.

Hay otros que, además de buenos banderilleros, lo son también peones de brega. Mi hermano Fer-



"Gallito,, en el patio de su casa, en Sevilla  
(Fot. Dubois, Sevilla.)



nando se ha hecho un buen bregador. Como torero, me gusta Enrique Alvarez una enormidad; es magnífico. Patatero también me gusta mucho, así como el *Barquero*. Estos son la flor y nata. *Cántimplas*, *Blanquet*, *Recalcao*, *Morenito de Valencia*, *Posturas* y *Pinturas* les van cerca, y dentro de dos ó tres años serán también de primera.

—Muy bien. ¿De modo que usted no cree necesaria ninguna innovación en la lidia?

—En materia de innovaciones, sólo soy partidario de una, que hace años hice pública. Yo creo que el presidente de las corridas no debe ser quien decreta el cambio de suerte, sino el espada que ha de matar el toro que se esté lidiando. Ni los toreros ni la lidia deben de estar á merced de la presidencia.

—A otro tercio.

—Espere usted, criatura, que es mucha cuesta para subirla seguida. Déjeme descansar un momento mientras los peones capofean al toro para fastidiar al matador.